

MNEMOSINE

Dionisia García

Madrid, Tigres de Papel Editores, 2019, 93 pp.
(ISBN: 978-84949815-3-1)

Idoia Arbillaga*

I.E.S. Poeta Julián Andúgar

Cuando el panorama cultural, literario, poético –y en todos los órdenes debo decir– estaba protagonizado únicamente por hombres, surgieron unas escasísimas voces de mujer que, a fuerza de talento y calidad literaria, se hicieron un hueco, un hueco que derivaría en una trayectoria sólida, de prestigio y alcance global como es el caso de Dionisia García, autora a quien he prologado en esta nueva edición de *MNEMOSINE*, que de la mano de Tigres de Papel, presenta *Genialogías*. A continuación recojo algunas de las observaciones críticas que allí realicé y que dan cuerpo a la presente recensión de la obra.

Mnemosine fue editado en 1981, se trataba del tercer libro de poemas de Dionisia García, quien tras *El vaho en los espejos* (1976) y *Antífonas* (1978), se instituye como una poeta de voz y centro lírico ya claramente definidos. Si bien hasta la fecha, ningún membrete de agrupamiento crítico había contemplado la obra poética de la autora, ciertamente, Dionisia pertenece generacionalmente al grupo poético de los 50. Entendemos a Dionisia García como escritora total que se desenvuelve en *Mnemosine* –como en otras de sus obras líricas– mediante el más elevado nivel estilístico, es éste uno de sus libros más representativos y destacados por críticos e historiadores de la literatura como Díez de Revenga o Prieto de Paula. La obra de Dionisia se ve definida por la impecabilidad, la depuración, la afinación métrica, léxica y estilística, sus poemas poseen un sentido de la exhaustiva revisión del texto que, me temo, se ha perdido y de la que debieran aprender muchos autores jóvenes, o coetáneos, que no entienden el valor de lo que en crítica denominamos informalmente el sentido de “la calidad de página”. Algo excepcional en la autora.

En lo que se refiere a la Estética, de un lado el libro posee estilísticamente concomitancias claras con el grupo de los Novísimos, mientras que, temáticamente, incluye tratamientos tópicos y de la realidad más que cercanos a la mal denominada poesía

* Dirección para correspondencia: iarbillaga@gmail.com

de la experiencia. Puede decirse que la falta de adscripción o pertenencia a grupos por parte de la autora guarda estrecha relación con el período histórico-literario en el que empieza a alcanzar su reconocimiento. Hallamos, pues, que Dionisia García se asienta en la madurez literaria con un estilo lírico culto en un momento en el que el Culturalismo más exacerbado queda ya muy lejos; la nueva sentimentalidad aún no se ha definido como una nueva corriente lírica de grupo establecido; por otra parte, los clamores del socialrealismo y del grupo del 68 han sido igualmente relegados. Así pues, las Estéticas que durante varias décadas gobernarán lo esencial del panorama poético se encuentran en un momento de desaparición, unas, en transición otras, o en un inicio estilístico todavía muy difuso.

Sin embargo, encontramos, entonces, que lo que llevaban años haciendo los culturalistas como gran revelación, ya lo domina en extremo Dionisia, y lo que luego harán durante treinta incansables años los de la experiencia, ya lo hacía con total dominio en el año 76 nuestra autora. No pretendo realizar ningún alegato feminista, pero si esta poeta ha tardado más en obtener el prestigio que le debió corresponder desde su primera obra seguramente no es por otra razón que por la de ser mujer. Otro caso de flagrante injusticia histórica en lo que se refiere a una mujer de excepcional talento. Afortunadamente, hace ya muchos lustros que la autora tiene el reconocimiento crítico-literario que merece su trabajo. Nuevamente, el grupo Genialogías, junto a Tigres de Papel, se ha ocupado –nos hemos ocupado– de reeditar a una poeta española de incuestionable calidad, lo que igualmente hizo con Juana Castro, María Victoria Atencia, Francisca Aguirre, Julia Uceda o Ana Rossetti.

Mnemosine reúne treinta y ocho poemas de temática muy diversa, pero cuyo tratamiento y *topos* vertebrador girarán siempre en torno al tiempo, al pasado y su memoria, esto es, al *tempus fugit*. Aparte de esas isotopías que se dibujan como definitorio trazo de fondo que gobierna la semántica y el léxico del texto, otros muchos motivos temáticos tienen cabida, muchos de ellos en estrecha relación con una preferencia por lo anecdótico y lo cotidiano que será determinante en *esa nueva sentimentalidad* de la poesía española de ulteriores años. Logra no obstante la autora la universalidad de lo particular mediante la mención directa del objeto y cierta sacralidad en la descripción lírica de los elementos de lo cotidiano: así la *palmatoria*, el *búcaro* o el *portarretratos* adquieren un cierto halo místico que suscita en el receptor una interesante extrañeza. Más allá del objeto cotidiano, incluye tanto poemas dedicados a un viaje en autobús o a la espera del tren, como a una jornada en la playa, o al mar; igual poetiza elementos agrarios, una encina o parcela de tierra, que poco después se ocupa líricamente de una diosa griega, o de Harlem, o Londres o de Manhattan, este último es uno de los mejores poemas del libro, una hermosa recreación del Nueva York lorquiano.

La *dispositio* de *Mnemosine* presupone una gran elaboración métrica y formal en cuanto a la disposición estrófica y versal, con particular predominancia del alejandrino y el endecasílabo; si bien carece de estructura o partición formal interna en tanto que presenta un *continuum* con los referidos treinta y ocho poemas medianos cuya unidad solo viene predeterminada semánticamente, según se ha visto. La *elocutio* presenta un ornato desigual, resulta interesante esta rica alternancia, en ocasiones deja la autora

que el poema se defiende mediante un léxico sencillo y austero, carente de metáfora, mediante un discurso más explicativo y descriptivo que lírico; no obstante, el dominio formal del lenguaje se refleja aquí en la elección de un léxico en desuso de resonancias muy sugestivas, a veces de origen mozárabe, se mezclan aquí términos del ámbito agrario con otros arcaísmos de gran sabor (aliaga, zahón, legones, brial, fuchina, aljama, redoma, halda, roturado, pleita, recincho, enjalbegar, greda, parvo...). En otros poemas el ornato es excelso, de muy escogida adjetivación, mediante un registro altamente formal y con sobreabundancia de cultismos y léxico especializado, también con referencias mitológicas y al mundo grecolatino (Homero, Numen, Júpiter, Mnemosine, hidras...).

La figuración desempeña probablemente la función más determinante a la hora de recrear esas interesantes atmósferas de *Mnemosine*, esos ambientes de resonancias tan efectivas; de un lado brinda juegos sinestésicos o sensoriales, y también claroscuras, que recrean atmósferas de reminiscencias muchas veces góticas: *oler a despacio, color neblino, luciente arrinconado, remedio de luz, mover oscuros, quietud negra, miedo de las sombras, maderas crujían, el gotear del agua...* De otro lado, sobresalen muchas y muy efectivas personalizaciones: *campanadas tercas, besos del viento, bocados de la noche, cielo cansado...* Igual de interesantes resultan ciertos juegos antitéticos o de oximorón: *palabras-silencio; soles-niebla; hélices-viento; destrucción-orden...* Hasta aquí el estilo de mayor sublimidad estética.

En otro orden de cosas, sobresaldrá a la percepción del lector cierta acuciante tendencia a la emotividad sensorial muy del gusto de la autora, y que aquí recrea mediante la reiteración de verbos y sustantivos como *estremecer, transpuesto, sollozos, tembloroso, turbadores, estremecidos...* Se trata este de un campo semántico de lo sensitivo muy definitorio del estilo de la poeta («en los áulicos templos del asombro», «se quebrarán los sollozos», «tempestades de júbilo encendido»).

En cuanto al *tempus fugit*, coincidimos con la apreciación de Díez de Revenga a este respecto, cuando asegura que la autora recrea un mundo poético de inquietud, de temor ante el mundo y las cosas, lo que entonces adelantaba una autenticidad lírica que resultó verdaderamente innovadora. La riqueza espiritual y la calidad estética de estos tratamientos del objeto estético-literario se ven reforzados además por la honda reflexión acerca de esos dos grandes temas que lo configuran: tiempo y memoria. En la recreación del pasado hay desolación, pero también alivio: “la memoria es un bien que nos consuela”; aunque son más numerosos los versos de aflicción en los que la pérdida lo enmarca todo, y junto a ésta, la muerte, siempre indirectamente referida: *la nada oscura, el umbral de lo yerto, el lance final*.

Hemos de insistir en la poderosa fuerza de la recreación y ensoñación de la memoria como salvación serena, el pasado evocado y vivamente representado como realidad circundante y permanente, como halo constante que enciende las vigilias de la autora, antes como un bien que como doliente reminiscencia. La peculiaridad y sutileza de estos tratamientos reportan, en conclusión, los más elevados instantes de lirismo, de altura poética, a *Mnemosine*. Es en estos versos cuando el lector siente que los objetos adquieren dimensiones sacras, cuando la materia representada parece transmitirnos mensajes cifrados, cuando la verdad asoma.

Es aquí cuando más acusadamente reparamos en la valía de esta autora, quien a pesar de la gran elaboración formal y el sesgo cultural de su estética, no fue tenida por heredera del Culturalismo; aunque repare temáticamente en lo cotidiano, en el motivo menor y objetual, y tan tempranamente, tampoco será contemplada como poeta de *la nueva sentimentalidad*; sin embargo de su pertenencia cronológica generacional, tampoco fue adscrita al grupo de los 50 hasta muy recientemente. Es una poeta de excepción, al margen de tendencias, pero cuya calidad y lucidez lírica finalmente le han reportado el lugar que le corresponde en la historia de la literatura.